

DE DE REGRESO A SCHUAIMA

VI
Los Pobladores

Los árboles en Schuaima
son hombres petrificados
que han adoptado el lenguaje de viejas torres de trigo.
Hombres que antes de madera fueron barro
antes de ceniza fuego
y llameaban en la noche
como una caracola de trigo
o una estrella de ramajes y arboladuras.
En mi memoria de extranjero
persiste su posición de Hidalgos
sus rostros de guerreros besados por el sol;
Su postura de arqueros
sobre un rocinante de musgos y de piedras.
Árboles de Schuaima
hombres leñosos que madrugan con su canto de corneja
y se vierten por la llanura
para desperdigar su sombra o su quejido.
Quijotes de talles gráciles
en donde Dulcinea teje una telaraña de invocaciones
mientras el obeso de Sancho
sueña con Barataria
en la curva olorosa del yarumo o del algarrobo.
Estos;
los árboles de Schuaima
hombres que han preferido vestirse de lluvia;
columnas de hojas secas en las riberas del bosque y del sueño.

VIII
La muerte

*A Laurent Vigouroux, muerto en
Iquitos Perú, abril 24 de 1999.*

Como situada en un espacio vago y remoto
la muerte se va aproximando
hasta tomarnos del brazo.
Uno puede pensar que ella es nuestra sombra o nuestro sueño,
quizás una hermana mayor
que hace mucho abandonó la casa
pero que de soslayo
sorprende con su presencia de ola
o su llanto de niña prodiga.
En la ebriedad de la noche
la muerte
con su canto de corneja,
con sus halos de oro arrojados al fuego,
nos despierta del sueño o del letargo
nos lanza hacia la calma definitiva de lo oscuro.
Entonces comprendemos
que siempre ha estado cerca
que su presencia era como el rumor de un río
bordeando la orilla de nuestra desembocadura más próxima.
Pero a la hora del abismo
A la hora del concierto fatídico
-cuando el ave Fanza canta su réquiem en el traspatio
o suenan antiguas campanas-
la muerte nos es tan peculiar
tan conocida
que la sombra impenetrable
súbita se transforma en estallidos de fuego
y la noche hórrida
en un laberinto de perfumes
en donde empiezan a florecer anémonas
en el solar distante de la otra orilla.

DE LA DULCE ANQUIRONA

I

Y estoy buscando las voces del camino
Para traducirlas
Seguro llevarán tu nombre
He aprendido a interpretar la voz del viento
Esa misma que arrulla las hojas entreabiertas
De tu árbol.

¡Aniquirona, Aniquirona!
Te llama el río
Y en las gotas frenéticas del aire
Va tu aliento prendido a las veletas.

Al cuenco de mis manos
Llega impetuoso el sol
Con el oro y el trigo de tu cima
¿Debo ascender al principio del lenguaje?

Allí narran las gaviotas
Los días difíciles del cielo
El trasbordo misterioso de las nubes
¿Debo traducir el idioma musical de sinsontes y de mirlos
para conocerte?

He de cuestionarme
Mujer de largos sueños
E inexplicables trances
Cuál es el país al que me invitas?

Apenas sé cómo te llamas
Me lo ha contado el río
Y sé que Aniquirona
Es el umbral de otros caminos.

II

Toda vez que me aproximo a Schuaima
La muerte posee la voz
De múltiples aves
El aire azul revolotea de fibra en fibra
Mientras las piedras
Juegan a pronunciar sus palabras menos comunes
Y las hojas saben de antemano
Que soy nuevo en este sitio.

Aniquirona
Hay un yo que me detiene
Que se esmera en el regreso.

A veces pienso
Que ese habitante
Joven entre los viejos
Ama las mismas cosas
La obscura puerta de las posibilidades
La famosa casualidad de las instancias
¿A dónde van todas esas voces
que me conducen a tu reino?
Sigo las hojas que corretean presurosas
Sigo la lluvia y su música húmeda
Sigo los pájaros y sus ondas
Hay una aproximación entre el lenguaje de los árboles
Y el mío.

Sólo así puedo acercarme
Sólo así sé que existo
Y que el camino no es camino
Sino va cargado de palabras y de voces.

Estoy en Schuaima
He llegado con la brisa
Sólo su silencio musical me satisface
Aniquirona:
¡Hablemos de poesía!

VII

Extranjera
Danza de fuego
Sé que la muerte es escuchar otras voces
Y por eso
Poso mi oído
En la cascada de tu río.

Busco la muerte
Y camino desnudo entre las piedras
Busco esa voz
¿Acaso distante?
¿Acaso cercana?
Tal vez en mí
Disfrazada en mí.

Sé que allí
En el silencio oscuro del espejo
Está el sonido orquestal de otra mañana,
Mi cabeza se agita con el viento
Y llueve
Llueve y he sabido con la lluvia
El diccionario abierto del camino.

XV

Aniquirona
Tejedora
Bordadora de sueños
De poemas que aún no germinan,
El emperador te espera
Sobre su trono de hojas secas,
Ansía tus dedos
-hilanderos de flores-
tu aguja que todo lo redime.

Teje mujer de santuarios oníricos
Otra mañana de lluvia
Para sus manos recolectoras de naranjas
Para sus labios de uvas frescas
Que deletrean tu nombre santo.

Aniquirona
Entrelazaste tu tiempo con su tiempo
Tu espacio con su espacio
Este tiempo de la transmutación y el sueño
Del caminar por cúspides y escalinatas
Hacia el destello azul
Que mana de tus hilos
El equilibrio del que pende
Esta vida y esta muerte.

Tejedora
La telaraña santifica
Cualquier intento de locura,
Al otro lado de las cosas
En donde reposan los viejísimos castaños
Está el otro emperador
El que ya te conocía
El que recoge el hilo de las horas
El cáñamo de la palabra

Para festejarla en un minuto de agua
De lluvia
De brisa redentora
Cuando la inspiración
Toma de la conciencia
El vivir despacio.

XXI

Aniquirona
Démonos una cita
En la orilla amarilla de la muerte.

En una vela, en una brisa, quizás en una ola
Cruzaremos nuestras manos
Y danzaremos antes de que el sol
Cante con su cabellera elástica
Y el hijo del polvo
Niegue la realidad de esta intransitada puerta.

Entonces te saludaré
Como el viejo amigo que soy para tus nombres
Y posaré sobre la serpiente que te rodea
Mi primigenio beso
Mi género y mi sueño de hombre prohibido.

Te saludaré Aniquirona
En la orilla amarilla de la muerte
Y besaré tus trenzas perfumadas
Tu oscuridad y tu luz de pájaro metálico.

Desnudaré las palabras de tus labios
El verbo que santifica tu número
Y poco a poco
En este ritornello luminoso de la muerte
Penetraré tu mundo
Como un barco infatigado por el viaje,
Penetraré la noche de otros mares
Consciente de la luz que traen otras orillas
Consciente del espíritu que mana de otras playas.

Winston Morales Chavarro (Nieva, Colombia, 1969)

Es Magíster en estudios de la cultura por la Universidad Andina de Quito, Ecuador. Ha publicado Aniquirona (Trilce editores, 1998), De regreso a Schuaima (Ediciones Dauro, 2000), Memorias de Alexander de Brusco (Universidad de Antioquia, 2002) y la novela Dios puso una sonrisa sobre su rostro (2004). En la actualidad vive en su ciudad natal. Correo de contacto: aniquirona@yahoo.com.